

# GULLIVER

en el país de los

# GIGANTES





00163298

GULLIVER  
EN EL  
PAIS DE LOS  
GIGANTES



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires

# LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Alí Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caparueita Roja
- 16 Las tres pernicosas
- 17 El triunfo del sorbo
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Noividad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hombre
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del mar
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Andes a los Andes
- 30 Moñique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Alondrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Fifi Paf
- 38 La carga viejana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Ovecienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábula de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorinda
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los reecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábula de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododas
- 57 La amiga de las pájaros
- 58 La señorita Soudari
- 59 Fábula de Esopa
- 60 Constanza
- 61 Nicolás y Nicolás
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirena
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El baque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de acolturas
- 79 El mensajero de la esposa
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos rufesores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silesiano
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de su hijo
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley



# Gulliver en el País de los Gigantes

## I

### *El desembarco en Brobdingag*



El 20 de junio de 1702, me embarqué en las Dunas a bordo de un buque llamado "Aventura", rumbo a Surate, y el 20 de abril del año siguiente, encontrándonos al norte de la isla de Madagascar, sopló un viento tan fuerte, que perdimos rumbo hacia el oriente de las islas Molucas. Al otro día nos sorprendió una fuerte borrasca durante la cual fuimos impedidos, según mis cálculos, cerca de 500 leguas hacia el Este, de manera que ni el más experto de los marinos supo decirnos en qué parte del mundo estábamos. Aunque teníamos víveres suficientes, empezaba a escasear el agua dulce. El 16 de junio un grumete anunció tierra desde la altura del papagayo, y el 17 dis-

tinguimos claramente una gran isla o continente con una bahía demasiado pequeña para que un barco de más de cien toneladas como era el nuestro, pudiera entrar en ella. Anclamos, pues, a una legua de la referida bahía, y nuestro capitán mandó doce hombres de la tripulación en la chalupa, llevando algunas vasijas por si encontraban agua. Yo, que era el cirujano de a bordo, le pedí permiso para ir con ellos, pues deseaba ver el país y hacer algunas exploraciones. Se me concedió el consentimiento, llegamos a tierra y no vimos ningún río, ninguna fuente ni rastro de habitante alguno.

Los marineros se pusieron a costear la ribera en busca de agua fresca, mientras yo paseaba solo, una milla tierra adentro, no encontrando otra cosa que un campo estéril cubierto de peñas. Cansado del triste espectáculo, me volví a la bahía, dispuesto a meterme en la chalupa, pero todavía no había pisado la arena de la playa cuando vi a nuestros marinos ya embarcados, tratando desesperadamente de salvar sus vidas a fuerza de remo, pues los perseguía de cerca un gigante tan grande, que el agua del mar le alcanzaba apenas a las rodillas. Daba unos pasos desmedidos, pero los tripulantes de la "Aventura" habían tomado media légua de ventaja, y como en aquel país había gran cantidad de rocas, el gigante no pudo alcanzar la chalupa.

Yo eché a correr velozmente tierra adentro, trepando a la cima de una escarpada montaña desde la cual pude contemplar una parte del país. Lo

Los perseguía  
un gigante.



encontré muy cultivado, pero me dejó pasmado la altura del pasto, que me pareció excedía los veinte pies.

Tomé por lo que a mí me parecía un camino real y después supe que no era más que un pequeño sendero que atravesaba un campo de cebada.

En cuanto a los árboles, eran tan grandes que no me fué posible calcular su medida.

En el campo inmediato vi a uno de los gigantes habitantes del país. Era de la misma talla del que había visto en el mar persiguiendo a nuestros marinos. Me pareció tan grande como un campanario de los regulares. Me quedé temblando y corrí a esconderme en el sembrado, desde donde lo vi parado junto a una puerta de la empalizada dando unas voces más penetrantes que si salieran de una bocina. Como respondiendo a sus gritos, se acercaron a él siete hombres de la mis-

ma estatura, empuñando sencas hoces del tamaño de seis guadañas.

Procuré alejarme cuanto pude, pero me resultaba muy difícil moverme, porque las pajas no distaban más de un pie las unas de las otras, de manera que a veces me resultaba imposible dar un paso en aquella selva. Por las voces, comprendí que los segadores ya estaban cerca. Muerto de miedo, me dejé caer entre dos surcos, aguardando el fin de mis días. En eso uno de los peones se acercó al lugar donde yo había caído, y, temiendo que si avanzaba otro paso, me despanzurrase con el pie o me partiera el cuerpo con la hoz, lancé lastimeras quejas con toda la fuerza de mis pulmones. El gigante se detuvo, se puso a mirar en torno suyo, hasta que me vió. Permaneció agachado observándome con el cuidado del hombre que se dispone a atrapar un animal dañino sin riesgo de que le muerda o arañe. Finalmente se decidió a agarrarme por la parte más gorda de mi cuerpo, levantándose para examinarme mejor. Yo me mantuve quieto mientras me tenía en el aire a más de sesenta pies de distancia del suelo. El único movimiento que hice fué para alzar los ojos al sol, poniendo las manos en forma suplicante y pronunciando algunas palabras en humilde y lastimero tono, temiendo a cada instante que se le ocurriese aplastarme como nosotros solemos hacer con ciertos insectos. Afortunadamente, le hicieron gracia mi voz y mis gestos y empezó a mirarme con mayor curiosidad, asombrado de oírme hablar, aunque no me entendía. A pesar de todo, no

*Hasta que me  
vió...*



pude reprimir mis lágrimas y traté de darle a entender que me lastimaba al apretarme con los dedos en la forma que lo hacía. Posiblemente comprendió la causa de mi queja, pues, alzando una faldilla de su traje, me puso dentro con toda suavidad y echó a correr hacia donde estaba su patrón, que era un rico agricultor, el mismo que antes había visto en el campo. Este tomó una pajita, que era casi tan gruesa como un bastón, y con ella me levantó los faldones de la casaca, que, al parecer, se le antojaban una especie de cubierta que la naturaleza me había dado. Para contemplar mejor mi cara me sopló los cabellos, llamó a los peones y les preguntó, según creí entender, si habían visto antes en el campo algún otro animalucho parecido a mí. Luego me colocó en el suelo en cuatro pies, pero yo en seguida me lo

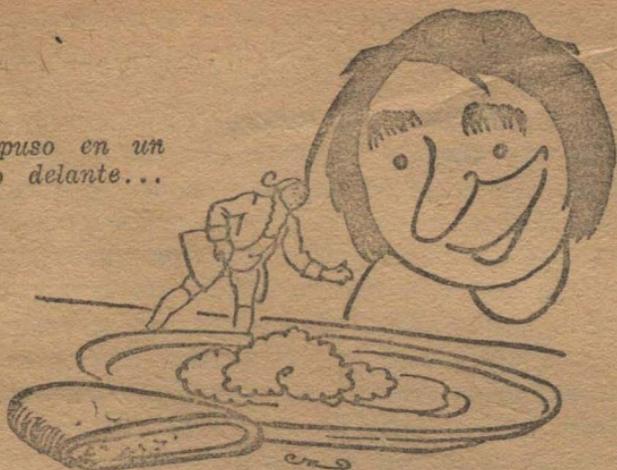
vanté y me puse a andar con toda gravedad hacia un lado y otro para que no fuera a creer que intentaba escaparme.

Suponiendo que yo podría ser alguna criatura racional, el agricultor empezó a hablarme. El sonido de su voz me ensordecía. Ordenó a los peones que volvieran al trabajo y sacando un pañuelo del bolsillo, lo dobló por el medio, lo extendió sobre la mano izquierda y me hizo seña de que me colocase encima, para lo cual la bajó hasta el suelo. Me pareció que era conveniente obedecer, pero, para no caerme, me acosté a lo largo sobre el pañuelo; él me envolvió y así me llevé a su casa. Cuando me presentó a su esposa, ésta retrocedió asustada, como hacen nuestras mujeres en presencia de un escuerzo. Pero una vez que hubo observado mi actitud y viendo que respondía a las señas que hacía su marido, empezó a quererme.

Cerca de mediodía, un sirviente sacó la comida en un plato de casi veinticuatro pies de diámetro, y se reunieron el patrón, su mujer, tres hijos y una vieja abuela. Se sentaron todos, y el agricultor me colocó a su lado sobre la mesa, que tenía unos treinta pies de altura, teniendo yo buen cuidado de no aproximarme a sus bordes para no ir a estrellarme contra el suelo. La dueña de casa cortó un pequeño pedazo de carne, desmigajó un poco de pan y me lo puso todo delante, en un plato de madera. Yo le hice una reverencia, y sacando mi cuchillo y tenedor, empecé a comer, cosa que les hizo mucha gracia.

El patrón me indicó por señas que me acercara a su plato, que también era de madera, y lo hice

*Lo puso en un  
plato delante...*



con tanta prisa, que casi me mato, pues tropecé con una pequeña corteza de pan y caí de cara sobre la mesa. Me levanté en seguida, y notando que aquellas buenas gentes me habían compadecido, me saqué el sombrero, le di algunas vueltas en la cabeza y lancé varios gritos para que se dieran cuenta de que no me había lastimado.

Al promediar la comida, oí detrás mío un ruido como de doce telares de medias, y al volver la cabeza, vi que lo provocaba un enorme gato que ronroneaba mimosamente. La dueña de casa le daba de comer, y él la acariciaba. A juzgar por la cabeza y una pata que alcanzaba a verle, era tres veces más grande que un buey. Pensando en la ferocidad de aquel animal, me sentí desmayar de terror, y procuré alejarme al lado más lejano de la mesa, distante cincuenta pies. Me tranquilizó ver que la señora lo tenía agarrado, temiendo

que se abalanzase sobre mí. Afortunadamente, no ocurrió nada, pues el felino ni reparó en mí siquiera. Pero el patrón, deseando ver lo que hacía, me puso delante del animal. Entonces yo, recordando que cuando se huye de una fiera, más pronto se cae bajo su zarpa, resolví mostrarme valiente. Me paseé con todo desparpajo y me acerqué tanto al gato, que éste dió dos pasos atrás, como si me temiera. Luego acudieron tres o cuatro perros, entre ellos, un mastín tan grande como cuatro elefantes, y yo seguía demostrando una serenidad de ánimo que por cierto no sentía.

Al terminar la comida, entró la nodriza, que amamantaba al menor de los hijos del agricultor, y que tendría un año de edad. Apenas me vió, empezó la criatura a dar unos gritos capaces de aturdir a un artillero. Me creía un muñeco y lloraba porque no se lo daban para jugar. La madre me levantó y me puso en sus manos. Inmediatamente, el niño me agarró y metió mi cabeza en su boca, como suelen hacer los chicos de su edad. Sin embargo, no fué esto lo peor. Lo peor fué que, asustado de mis clamores, me dejó caer, y a no ser porque la madre tenía debajo puesto su delantal, me hubiera roto la cabeza.

Después el dueño de casa llamó a los peones y, según pude comprender por sus ademanes, recomendó a su mujer que me cuidase mientras él trabajaba en el campo. La buena mujer así lo prometió y lo cumplió al pie de la letra, pues, notando que yo estaba rendido de fatiga, me llevó a su cama y me acostó tapándome con un pañuelo

*Me puse delante del animal.*



blanco que no era más chico que la gran vela de un barco de guerra.

Dormí dos horas, soñando que estaba en mi casa con mi mujer y mis hijos, lo que aumentó mi pena cuando, al despertar, me vi completamente solo en una enorme sala de dos o trescientos pies de superficie y más de doscientos de altura, acostado en una cama que tenía diez toesas de ancho. La señora había salido y me había dejado encerrado bajo llave. Si intentaba bajar de la cama, corría el riesgo de romperme la crisma, pues estaba a cuatro toesas del suelo. Cuando reflexionaba sobre esto, treparon dos enormes ratas por las cortinas y empezaron a correr cerca de mí. Como una de ellas se acercaba a mi cara, presa de pavor, me incorporé para echar mano a la espada. Inmediatamente, ambos animales me atacaron por distintas partes. pero yo empecé a repartir esto-

cadadas, temiendo la suerte de matar a una y asustar a la otra, que huyó. Terminado el combate, me acosté de nuevo, para descansar y reponerme de la emoción sufrida, que era extraordinaria, pues los roedores con quienes había tenido que luchar, eran del tamaño de un mastín, aunque más rápidos y feroces.

Poco después llegó la mujer del agricultor. Al entrar en el cuarto y ver la cama en desorden y manchada de sangre, acudió a mí toda alarmada. Para que comprendiera en seguida lo que había ocurrido, le señalé la rata muerta. La buena mujer sonrió y dió muestras de alegría al ver que yo no estaba herido.

## II

### *Gulliver es exhibido como fenómeno*

Los agricultores en cuyo poder estaba, tenían una hija de nueve años, de espíritu superior a su edad. Me tomó gran cariño. Lo primero que hizo fué destinarme para cama la cuna de su muñeca. Pusieron ésta dentro del cajón de un pequeño escritorio, y aquél fué mi dormitorio durante el tiempo que permanecí entre aquellas buenas gentes. La chica me hizo seis camisas y otras prendas interiores de un género que, aunque era el más fino que pudo encontrar, a mí se me antojaba más áspero que la vela de un barco. Lavaba mi ropa por su propia mano, me vestía y desvestía y me enseñaba el idioma del país. Cuando le señalaba con el dedo alguna cosa, en seguida me decía có-



*Asusté a la otra...*

no se llamaba, de manera que en breve tiempo me encontré en condiciones de poder pedir lo que necesitaba.

No tardó en difundirse por todo el reino la noticia de que el agricultor que me había encontrado, tenía en su poder un animal un poco más chico que un esplacnoc, insecto que nace en aquella región y tiene casi seis pies de largo y una figura parecida a la del hombre.

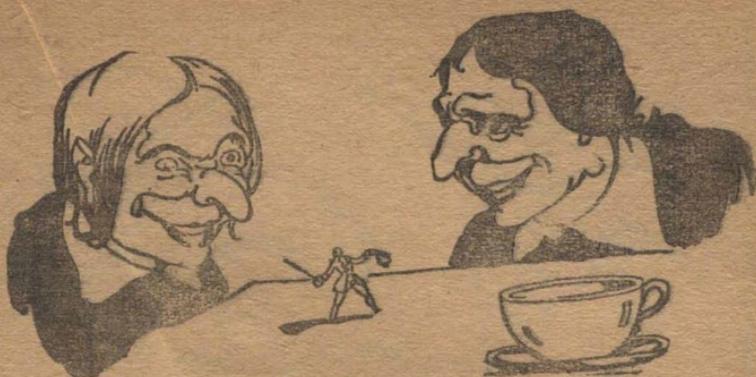
Un vecino amigo de mi patrón lo fué a visitar a propósito para verme. Inmediatamente me mostraron, y, poniéndome sobre una mesa, me dijeron que me paseara. Obedecí, saqué mi espada, la volví a envainar, hice una reverencia al vecino, le pregunté por su salud en el idioma del país y todo cuanto había aprendido de mi maestra. El hombre quedó maravillado y le dijo a mi patrón

que podía ganar mucho dinero exhibiéndome en la ciudad en los días de mercado. El agricultor que me tenía en su poder aceptó el consejo del amigo y al día siguiente, metiéndome dentro de un cajón, me llevó a la población próxima en compañía de su hija.

Mi patrón se apeó en la posada donde acostumbraba hospedarse, y, después de haber consultado con el dueño de la casa, mandó al pregonero a anunciar al pueblo que había llegado un raro animalucho parecido a un hombre cuyas habilidades y extravagancias se iban a exhibir.

Me colocaron sobre una mesa en la sala más grande de la posada, que tendría unos trescientos pies cuadrados. A un lado estaba mi directora sobre un banquillo, cerca mío para cuidarme e instruirme. A fin de evitar cualquier desorden, no se permitía entrar más de treinta personas a la vez. Yo me paseaba de un lado a otro de la mesa, según me ordenaba la hija del agricultor; contestaba a las preguntas que me dirigía; me ponía frente al público y le hacía toda clase de cortesías; tomaba un dedal de la chica, que me servía de vaso, y, llenándolo de vino, brindaba por los espectadores; tiraba del sable, efectuando molinillos como nuestros maestros de armas, y un sinfín de cosas más, que hacían abrir la boca a los que me contemplaban, quienes al salir ponderaban tanto el espectáculo, que el pueblo pretendía romper las puertas para entrar.

Entusiasmado por las buenas ganancias que mis exhibiciones le producían, resolvió mi patrón, llevarme a las principales ciudades del país. Se pro-



*Lo fué a visitar para verme.*

veyó de lo necesario para un largo viaje, se despidió de su mujer, y el 17 de agosto de 1703, partimos para la capital del reino, distante más o menos quinientas leguas del lugar de nuestra residencia.

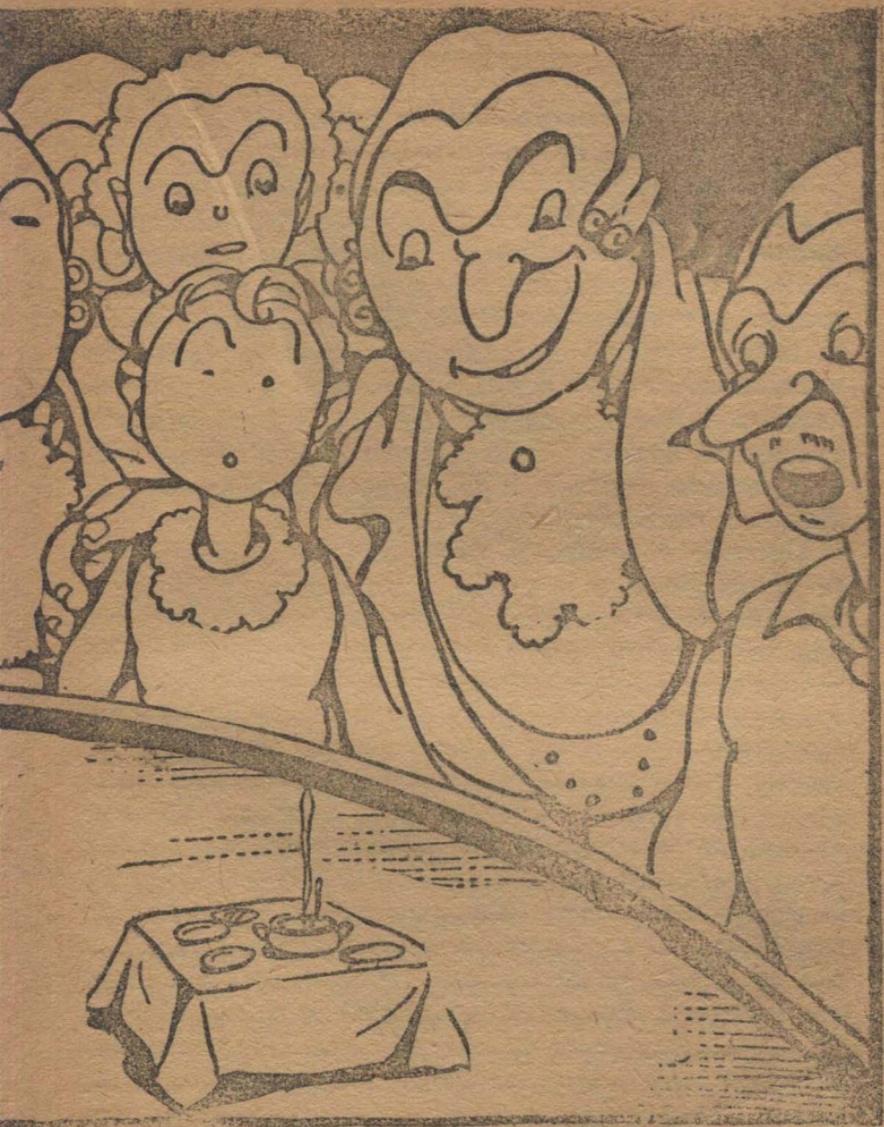
Tres semanas empleamos en el viaje durante el cual me exhibieron en dieciocho ciudades importantes y en otros muchos pueblos y casas de campo.

Finalmente llegamos a la capital, donde el agricultor alquiló una pieza en la calle principal cerca del palacio del rey. Inmediatamente repartió prospectos en los que hacía una prolija descripción de mi persona y mi inteligencia.

El espectáculo, que era el de costumbre, me lo hacía repetir diez veces todos los días, provocando la admiración de todo el pueblo.



Provocaba admira



en todo el pueblo.

### III

#### *Favorito de la reina*

Mi salud se resintió a consecuencia del excesivo trabajo. Había perdido el apetito y estaba poco menos que en los huesos. Al notarlo mi patrón, y considerando próxima mi muerte, resolvió sacar mayor provecho de mí. Estaba meditando sobre la mejor manera de hacerlo, cuando lo visitó un caballero del rey con la orden de que me presentara en la corte para divertir a la soberana y sus damas de honor. Como algunas de éstas me vieron, habían contado a la reina maravillas de mi figura y carácter.

Cerrado el trato, la reina me colocó en su mano y me llevó en seguida a presencia del soberano, que se encontraba en su gabinete. Este, que era un hombre muy serio y austero, no se fijó mayormente en mi figura y preguntó fríamente a su augusta esposa desde cuándo le gustaban los esplacnocs, pues me tomó por uno de estos insectos. Pero la reina, que era una mujer muy graciosa, me puso de pie con todo cuidado sobre el tintero del rey, ordenándome que dijese yo mismo a Su Majestad quién era.

El rey requirió la presencia de tres famosos sabios, quienes no pudieron ponerse de acuerdo sobre el origen de mi persona. Cuando se me permitió hablar, expresé que procedía de un país donde mi especie vivía repartida en muchos millones de individuos, entre animales, árboles y casas proporcionadas a mi cuerpo, por lo cual podía allí

...sobre el tintero  
del rey...



defenderme y alimentarme y disfrutar de las mismas comodidades que les eran permitidas a los súbditos de aquel reino. Esta explicación provocó una sonrisa de desdén en los sabios, quienes sostuvieron que el agricultor me tenía bien instruído.

La soberana gustaba a tal extremo de mi conversación, que no podía comer si yo no estaba presente. Había dispuesto que siempre se me colocara una mesita sobre la de ella con mi silla correspondiente. La hija del agricultor permanecía de pie sobre un taburete cerca mío, para cuidarme.

La vida en la corte me resultaba grata. Lo único que me fastidiaba era un enano que tenía la reina, el cual, aunque era de una estatura que resultaba ridícula en aquel país de gigantes, se envalentonó al ver a otro hombre mucho más pequeño que él. Me miraba con desprecio y se burlaba

de mi figura. Yo me vengaba llamándolo hermano, pero era tanta su maldad, que un día, durante la comida, en un descuido mío, me tomó por la cintura, me arrojó en un plato de leche y echó a correr. Quedé hundido de tal manera, que si no hubiera sido un buen nadador, me hubiera ahogado sin remedio.

La reina, que siempre me hacía hablar de mis viajes por mar, me preguntó un día si era capaz de manejar la vela y el remo. Le respondí que me consideraba bastante entendido en ambas cosas. Entonces me dijo que, si era gustoso, su armador me construiría un barquito y que ya encontrarían sitio adecuado donde poder navegar. Le manifesté mi complacencia y reconocimiento y más tarde le di el modelo al constructor. Diez días después estaba listo un pequeño navío con todos sus cordajes y capaz de soportar a ocho personas como yo. Entonces la reina ordenó al mismo armador que fabricase una batea de trescientos pies de largo, cincuenta de ancho y ocho de profundidad, lo que hizo colocar sobre el piso de un patio interior del palacio, a lo largo de la pared. Para renovar el agua, tenía su canilla en sitio bajo, y en media hora podían volverla a llenar un par de sirvientes sin sudar mucho.

A veces desplegabla la vela y me ponía a gobernar la nave mientras las damas me hacían viento con sus abanicos. Cuando se cansaban, los pajes empezaban a los soplidos, para que yo luciese mi habilidad a babor o estribor. Terminada la maniobra, mi directora tomaba el barco, lo llevaba



*Empecé a comer.*

a su pieza y lo colgaba de un clavo para que se secara.

Pero el mayor peligro en que me vi durante mi permanencia en aquel reino, fué el que voy a narrar en seguida. Mi directora había salido, dejando echado el pestillo a la puerta de la pieza donde estaba mi cajón, pero dejando abiertas todas las ventanas, porque hacía mucho calor. Yo estaba sentado junto a mi mesa cuando me llamó la atención un fuerte ruido que sonaba tan pronto en un lado como en otro. Cuando dirigí la vista al lugar de donde partía, quedé aterrado al ver un raro animal que había entrado por una ventana y no cesaba de hacer cabriolas aproximándose a mi jaula. Llegó a la puerta, y, a pesar de mis esfuerzos por retirarme lo más adentro posible, no puede evitar que me viera. El animal, que era un mono del país, metió una mano por la puerta, y agarrándome por los faldones de la casaca, me sacó afuera. Me tomó en brazos y me reclinó sobre el derecho como un ama que amamanta a su niño. Me pasaba la mano por la cara con mucha suavidad, tratándome como si fuera un monito recién nacido. Todo iba más o menos bien hasta que, asustado por un ruido que sonó en dirección a la puerta de la pieza, saltó a la ventana por donde había entrado, y de allí, al alero del tejado próximo, no parando hasta el lugar más alto, desde donde oía los clamores de mi directora.

Toda aquella parte del palacio se había alborotado al notar mi ausencia. Los sirvientes corrían en busca de escaleras, mientras el mono, con toda tranquilidad, sentado en la cúspide del edificio



*Me hacían viento  
con sus abanicos.*

y ante mil personas que lo estaban observando, me tenía en sus brazos, metiéndome en la boca a la fuerza alguna comida que había logrado tomar de encima.

Finalmente, trajeron las escaleras, y el mono, viendo que varios hombres se le aproximaban, se asustó y abandonó el sitio, dejándome caer en una canaleta del techo. Uno de los sirvientes vino en mi busca, y, poniéndome en uno de sus bolsillos me bajó sin peligro.

#### IV

##### *Invencciones para agradar a los reyes*

Una o dos veces en la semana, mientras vestían al rey, permanecía en su cuarto, entreteniéndolo con mi charla. Con bastante miedo, veía cuando lo

afeitaban, pues la navaja era casi dos veces más larga que una guadaña. Se me ocurrió pedir al peluquero algunos restos de la barba de Su Majestad, que, de acuerdo con la costumbre del país, se hacía rasurar sólo dos veces por semana. Cuando los tuve en mi poder, tomé un pedazo de madera, hice con una aguja numerosos agujeros equidistantes, clavé en cada uno un pelo de la barba real y tuve así un magnífico peine.

Otra vez encargué a una de las damas de la reina que juntara los cabellos más finos que se desprendieran de la cabeza de Su Majestad cuando la peinasen. Reuní una considerable cantidad, y, consultado con el mueblero, que tenía orden de hacer todas las obras menudas que yo le mandara, dispuse que me hiciera dos canapés de igual tamaño que los que tenía en mi cajón, y que luego con una lezna abriera en su alrededor muchos agujeritos.

Cuando los referidos muebles estuvieron terminados, tejí el fondo con los cabellos de la reina, pasándolos por los agujeros, con lo que tuve dos canapés parecidos a los de junco que usamos en Europa. Se los regalé a la soberana, que los guardó dentro de una papelería como objetos curiosos.

Luego, con los cabellos sobrantes, tejí un bolso, dibujé en él el nombre de la reina en letras de oro, y, con la debida autorización de Su Majestad, se lo regalé a mi directora.

El rey, que era muy aficionado a la música, se hacía dar frecuentes conciertos, a los que yo solía asistir metido dentro de mi cajón, pues de otra



*...metiéndome en  
la doca comida...*

manera no hubiera podido aguantar un estruendo tan espantoso.

Yo sabía tocar el clavicordio, y mi directora tenía uno en su aposento, en el que le daba lecciones un profesor que acudía dos veces por semana. Fué por eso que un día tuve la ocurrencia de divertir a los reyes ejecutando un aire de mi país sobre dicho instrumento. Tropecé con muchas dificultades, pues su longitud era de cien pies y cada tecla tenía un pie de ancho, de manera que, estirando bien los brazos, apenas alcanzaba cinco teclas, y para hacerlas sonar tenía que emplear toda mi fuerza, procediendo a puñetazo limpio. Para poder llevar a cabo la ejecución, preparé dos palos gruesos como un garrote ordinario, cu-

oriendo uno de sus extremos con cuero de ratón. Mandé poner un banco delante del instrumento, me subí encima, y, corriendo por él tan ligero como podía, descargaba los garrotos sobre el teclado, con lo que conseguí ejecutar una danza inglesa a completa satisfacción del soberano. Pero quedé rendido, pues jamás había realizado un ejercicio tan violento.

Un día me tomé la libertad de expresar a Su Majestad que el menosprecio que había concebido de Europa y resto del mundo, no me parecía digno de las excelsas cualidades que adornaban su alma; que la razón era independiente del tamaño del cuerpo, y que, antes bien, habíamos notado en nuestro país que las personas de mayor talla no eran por lo general las más ingeniosas; que entre los animales, la abeja y la hormiga gozaban la reputación de ser más industrias y sagaces; y, finalmente, que por desprecio que hiciese de mi figura, esperaba, no obstante, prestar grandes servicios a Su Majestad. El rey me escuchó atentamente, y mirándome de distinto modo, parecía no querer ya medir mi espíritu por mi talla.

Me dijo que le hiciese un relato exacto del gobierno inglés, expresando que, por muy prevenidos que estuviesen los príncipes, como es regular, en favor de sus máximas y costumbres, tendría mucho agrado en saber si había en mi país algo que imitar. Considere, mi querido lector, cuánto hubiera celebrado yo en esta oportunidad ser un Demóstenes o un Cicerón, para poder con su talento y elocuencia, describir dignamente a



*Me encontraba a  
merced de las olas.*

Inglaterra, mi patria, inspirando la más elevada idea de ella.

Cinco audiencias seguidas, y cada una de ellas de muchas horas, duró mi descripción, y el rey, atento a todo, con suma aplicación iba extractando en escrito la mayor parte, haciendo una señal a aquellas cuestiones que pensaba proponerme después.

—En verdad —decía—, es preciso que seáis un pueblo muy inquieto y guerrero, o que tengáis malos vecinos. ¿Qué tenéis que disputar fuera de vuestras islas? ¿Debéis tratar allí otros asuntos más que los de vuestro comercio, ni pensar en nuevas conquistas, no conformes con guardar bien vuestros puertos y costas?

Pero lo que más le admiraba, era que estuviésemos manteniendo un ejército en época de paz y en medio de un pueblo libre. Decía que si estába-

mos gobernados por nuestro propio consentimiento, no podía entender de qué teníamos miedo o con quién podíamos pelear, pues la casa de un particular estaría mejor guardada por él mismo, sus hijos y criados, que no por una tropa de pillos y bribones sacados de la hez del pueblo por un sueldo tan mísero que podía ganarse cien veces más cortándonos el cuello.

Rió mucho de mis conocimientos de aritmética, como se le antojó llamarla, y cuando me oyó calcular el número de personas con distinción de las diferentes sectas religiosas y políticas que existen entre nosotros.

En otra audiencia se tomó Su Majestad el trabajo de resumir lo más esencial de todas nuestras conferencias, cotejando las preguntas con mis respuestas.

## V

### *Un viaje a la frontera*

Siempre había mantenido la esperanza de recobrar algún día la libertad, aunque no podía concebir de qué manera ni forjar proyecto alguno.

El barco que me había conducido a aquellos mares era, sin duda, el primero de Europa que hasta entonces había llegado allí.

El rey, que había escuchado atentamente mis relatos, impartió órdenes para que, si llegaba a presentarse otro barco europeo, lo llevaran a tie-

rra, y, poniéndolo sobre un carro con todos sus tripulantes y pasajeros, lo condujeran a la capital del reino.

Mientras tanto, pasaron dos años. A principios del tercero, un día en que mi directora iba conmigo entre la comitiva real en un viaje que efectuaban los soberanos a la costa meridional del país, ocurrió lo imprevisto.

Yo iba en un cajón destinado a los viajes, que formaba una pieza bastante cómoda, de doce pies de ancho. Sobre sus cuatro ángulos había una especie de angarillas aseguradas con cordones de seda para que no me molestase mucho el trote del caballo en que un sirviente me llevaba delante suyo. En el techo del referido cajón había una ventana de un pie cuadrado destinada a dar entrada al aire, con su correspondiente puerta, que cerraban o abrían cuando yo lo mandaba.

Llegando al término de nuestra marcha, el rey decidió pasar unos días en una residencia que tenía junto a una ciudad situada a dieciocho millas de la costa.

Mi directora y yo estábamos enfermos. Yo sufría un leve resfrío, pero ella se sentía tan mal, que no salía de su aposento.

Como deseaba ver el mar, fingí que mi dolencia era mayor con el propósito de conseguir permiso para respirar el aire de la playa. Me lo concedieron dejándome al cuidado de un paje a quien ya me habían confiado otras veces y con el que estaba en muy buenas relaciones.

Tomó el paje mi cajón y me llevó a cerca de media legua del palacio sobre unas rocas de la ribe-

ra. Una vez que noté apoyada mi vivienda en el suelo, levanté el bastidor de una ventana y me puse a contemplar el océano con infinita tristeza. Como el sueño me vencía, se lo manifesté al muchacho, el cual, para procurarme un buen descanso, cerró la ventana. Al poco rato me quedé dormido.

Ignoro lo que ocurrió después. Lo único que puedo conjeturar es que, creyendo el paje que mientras yo dormía no tenía por qué cuidarme, se trepó por las rocas en busca de huevos de pájaro, a los que era aficionado. Sea como fuere, lo cierto es que de pronto desperté sobresaltado por un violento movimiento de mi cajón, que era levantado en vilo e impulsado hacia adelante con gran velocidad. Grité con todas mis fuerzas, aunque en vano. Oí un fuerte ruido de alas, cerca de mí.

Al cabo de un rato, noté que el ruido y el movimiento de las alas aumentaba y que mi cajón navegaba por los aires como un gallardete agitado por el viento. Oí unos terribles golpes descargados sobre el águila y me sentí caer perpendicularmente con una rapidez increíble, terminando con un formidable estruendo.

Comprendí entonces que había caído en el mar y que mi gabinete se encontraba a merced de las olas. Posiblemente, el águila que me llevaba se vió atacada por otras y me soltó para defenderse de las enemigas que le disputaban la presa.

Ningún viajero se habrá visto jamás en tan espantosa situación. Aguardaba con horror el instante en que, destrozado mi cajón o volcado a impulsos del viento, me dejaría a merced de las olas.

La única defensa de la ventana se reducía a unos alambres de hierro muy gruesos que la sujetaban por la parte de afuera para precaver las ordinarias contingencias de una marcha.

Viendo que el agua entraba por las aberturas, traté de taparlas, pero muy poco adelantaba, ya que mis fuerzas no bastaban. ¡Cuánto hubiera dado por poder levantar el techo del edificio y colocarme encima! A pesar de los riesgos que hubiera corrido, lo consideraba preferible a morir en aquella especie de bóveda sin salida.

## VI

### *El salvamento*

Hallándome en el lamentable estado en que el lector se puede imaginar, me pareció oír cierto ruido en uno de los lados del cajón, percibiendo claramente al poco rato que tiraban de él y lo remolcaban, pues de cuando en cuando sentía cierto esfuerzo que hacía levantar las olas hasta la ventana, dejándome sumido en una obscuridad casi absoluta.

Me trepé a una silla, y, acercando la cabeza a una pequeña abertura que había en el techo, lancé fuertes voces pidiendo auxilio en cuantas lenguas conocía. Luego até mi pañuelo a un bastón, y sacándolo afuera, lo moví hacia distintas direcciones para que, en el supuesto caso de que hubiera cerca algún barco, advirtiera que había un desdichado mortal encerrado en aquel cajón.

—¡Animo, que no hay nada que temer! Vuestro

cajón está bien amarrado al barco. Esperad que ahora pasará el carpintero y practicará un agujero en el techo por el que podréis salir —oí decir.

Llegó el carpintero y en contados minutos hizo una abertura en la que arrimó una escalera, subiendo por la cual entré en el barco. Estaba medio desfallecido.

Los marineros, al verme, quedaron asombrados. Por mi parte, no tuve valor para responder a ninguna de las preguntas que me hicieron. Todos me parecían pigmeos, pues mi vista estaba acostumbrada a los individuos monstruosos que acababa de dejar. Entre las cosas que llevaba llamó sobre todo la atención un anillo de oro que cierto día me regaló la reina.

Y el 3 de junio de 1706 estaba de nuevo en mi patria.



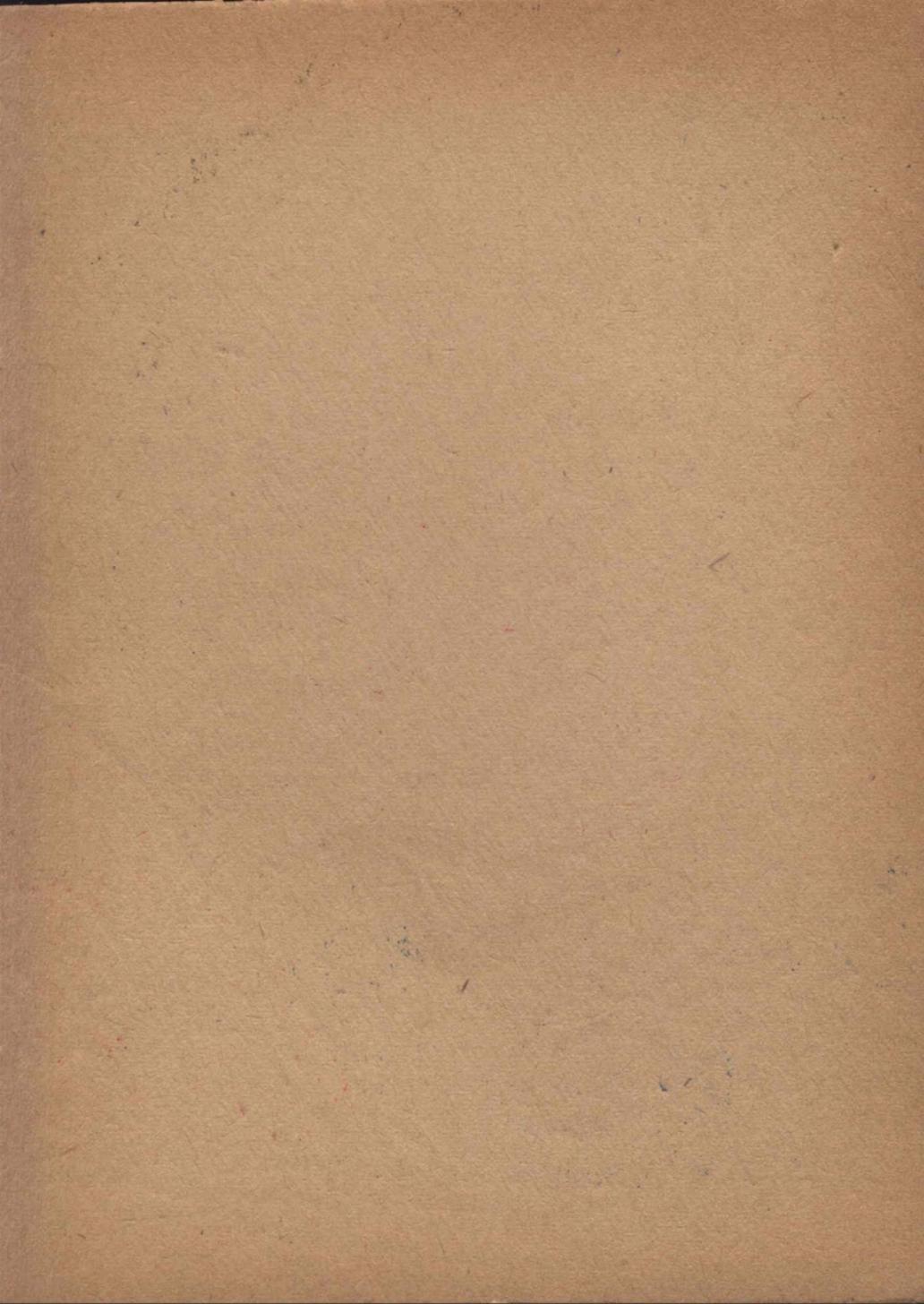
---

Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 2 de marzo de 1945.

Printed in Argentina.

Impreso en la Argentina.

SC  
415  
O-LA  
54





GIFFS

EDITORIAL  
TOR